

He adelgazado catorce kilos en dos meses escasos. No leí todavía *El método Dukan ilustrado* (RBA), en el que el autor-doctor nos enseña cómo quedarnos en los huesos y, además, ser felices. A mí me ha servido el método (por demás, expeditivo) del doctor Manrique: «Escribe, lee, no tomes en dos meses nada de azúcar, alcohol, hidratos de carbono, pan, fritos ni lentejas, garbanzos y judías. Tienes 320 de colesterol y tu horno no está ni siquiera para pollos». En la garganta se me atravesaron todos los huevos fritos del mundo y me encomendé al tío Albert, al que acaba de recordar en momentos amargos el doctor Mou (perseguido por Guardiola, agente 007 del fútbol moderno): «Solo hay cosa en el mundo que tenga más fuera que la energía nuclear: la voluntad». Es lo mismo que decía Henry James —y lo cita John Gardner en su *Para ser novelista* (Fuentetaja, 2001)—: «El novelista, para serlo, necesita una voluntad de hierro».

Ahora vuelvo a levantarme temprano, escribo toda la mañana buscando fantasmas entre tantos demonios, y salgo después, al mediodía, a tomar un té de luz azul al sol de Madrid. Exactamente en un *pub* con terraza que hay frente al Chikito, en la esquina de Diego de León con Velázquez, en pleno Bloomsbury. Veo pasar la primavera en flor de las púberes canéforas y me encierro en los recuerdos con las madres de estas niñas que otrora amé tanto.

Me llevo un día de esos al té al sol *Generación 21: nuevos novelistas canarios*, una antología que Ángel Morales ha publicado en Ediciones Aguiere e Idea (2011). Algunos de los escritores de la antología aprenderán a nadar en los cuatro estilos, y cuando se cansen de luchar contra la nada que tantas veces es la isla para un escritor, se tirarán a nadar en el mar, rumbo al mundo. La voluntad es la clave: si alguno de ellos lo decide, nadará hasta Nueva York, que no es mal lugar; a París, vía Marsella; a Londres, luego de pasar por Dublín y darle un abrazo de hermano al Joyce de bronce que camina incesante por la ciudad; al frío de los países nórdicos, o a Milán, lugar al que se marchó Alfredo Kraus cuando su profesora de canto, María Suárez Fiol, le dijo: «Mí niño, las islas son chicas y están lejos de la eternidad; si quieres ser el Alfredo Kraus que llevas dentro, márchate». Kraus, que había aprendido a nadar desde pequeño, como Millares (y antes Galdós, garbanzo a garbanzo), se echó al mar a nadar y no se ahogó, sino todo lo contrario: se bebió el mundo sorbo a sorbo, con una voluntad de hierro, en un escenario de ópera, entre aplausos y vítores líricos.

Todas esas cosas se las contaba a Emile Sans

A LA INTEMPERIE

J. J. ARMAS MARCELO TÉ DE LUZ AL SOL DE MADRID

Kraus, que había aprendido a nadar desde pequeño, como Millares (y antes Galdós, garbanzo a garbanzo), se echó al mar a nadar y no se ahogó, sino todo lo contrario: se bebió el mundo sorbo a sorbo



Chause y al pintor Machado, a la sombra del Teide, en Puerto de la Cruz, Tenerife, seguro de sol, con un té azul trópico extraordinario en sabor, gusto, amistad y memoria. Me lo decía Inger Enkvist en Estocolmo el día que le concedieron por fin el Nobel a Vargas Llosa: «¿No te parece, Juancho, que hay momentos en los que la justicia y la felicidad parecen haber llegado al mundo?».

«¡Joder, joder! —exclama Pepe Esteban cuando me ve llegar con catorce kilos menos al Gijón, baidando como un *asere* de Centro Habana, en chándal, con una gorra de pelotero norteamericano con el nombre de Obama en la frente—. ¡Qué voluntad tienes, tío!». Voluntad y certeza: donde pongo el ojo, familia de luto más temprano que tarde.

Con Emile Sans Chause hablé del poeta póstumo Max Chianti. Como es escritor y parisino, Sans Chause entiende que un don nadie se haya convertido para mí en un fabuloso personaje literario donde el narrador hace sangre y le saca la piel a tiras al poeta póstumo: ni un mal gesto, ni una buena acción, es el lema de este Chianti al que siempre amenaza un imposible infarto de miocardio que jamás llega a clavarse en el corazón. «¿Cómo hay que matarte a tí?», me dijo un día, bravucón y enloquecido, a gritos. «Clavándome una estaca en el pecho», le contesté, dándole pistas que el indocumentado no pudo traducir.

Escribo y por eso sueño que escribo que sueño que escribo, y por eso vivo: eso es lo que ha dicho, en su silla de niña eterna y su perenne copa de Cardhu, Ana María Matute en su Cervantes. Alguien, en una de esas fiestas, me dijo que por qué no había estado en la Noche de los Libros: los libros los tengo en mi casa, le contesté, y la noche la conozco de sobra y no pienso volver a verla fuera de mi cama.

El té de luz al sol azul de Madrid me vuelve lúcido, me echa a volar por las esquinas de Bloomsbury como si fuera una mariposa monarca en Sinaloa, México, lugar de la muerte y de la vida. Releo algunas páginas de *El año de la seca*, de Víctor Alamo de la Rosa (Tropo Editores, 2011), que acaba de presentar mi amigo el novelista Jorge Benavides en Madrid. ¿Por qué, Víctor Alamo de la Rosa, hay que molestarse por el silencio de los periódicos locales: los de don Pepito y don Guillermito?, ¿qué más nos da a quienes tenemos la voluntad de hierro, la piel dura del resistente y la fuerza del nadador transatlántico? Se lo decía Cortázar a los jóvenes escritores: leed mucho, escribid mucho y romped mucho de lo escrito. Es decir, nadad bordeando la costa hasta llegar a tierra firme. Lo demás es filfa. Y yo les digo: autoestima, la más alta; vanidades interiores, las justas, prjimos, porque ni todo el monte es orgasma ni hay miel para todo el que conoce el lenguaje secreto de las abejas.

En pequeñas dosis

El método del método

Se nota que el verano empieza a resoplar calentorro en el cogote y que soñamos con vernos en ba-



Más hambre que Carpanta

Pero la vena puñetera que caracteriza estas líneas les avisa de que no hay dieta tan efectiva



De Hamish Fulton a Weiwei

Quién sabe si a Ai Weiwei le llegan todas las muestras de adhesión que está recibiendo, y que vamos